



Teléfono 22601. - Secretaría 25. - Piamonte, 2 (Casa del Pueblo)

Año XXIX || Todos para uno = Marzo de 1937 = Uno para todos || Núm. 388

Heroicos albañiles: yo os saludo

Conocedores los compañeros de la Junta directiva de la veterana Sociedad de Albañiles El Trabajo de mi designación como secretario de la Agrupación Socialista Madrileña, y sabedores de mi voluntad para el trabajo por las ideas socialistas, aunque no ignoren mi falta de preparación para este menester, me piden unas cuartillas para nuestro órgano en la prensa, y en confianza os digo que no sé cómo salir del atasco. Por otra parte, es muy poco el tiempo de que dispongo para ello, por entender que debo emplear éste en trabajar y no en escribir, que esto lo deben hacer quienes saben. Ya dijo Cervantes que «el buen soldado en la guerra no necesita oír más que una voz: la del arcabuz», y vosotros no precisáis estímulos para cumplir el penoso deber que el infortunio de España exige en estos momentos.

No sabiendo qué tema elegir, quisiera deciros cómo hablaría yo en esta hora trágica a todos los trabajadores del mundo, si supiera hacerlo.

Camaradas — les diría —: Dos poderosas naciones, capaces, cada una por sí sola, de trastornar el mundo con sus afanes de expansión imperialista, ayudadas en sus propósitos por las torpezas de la diplomacia de otros países, han caído sobre la joven República española con ánimo de secuestrarla en contra de su voluntad.

Una parte de la burguesía republicana, que dirigía un viejo y nauseabundo político, espantada ante los enormes progresos del Socialismo y de la organización obrera, se agrupó con las fuerzas vaticanistas de nuestro país, y bajo la inspiración del clericalismo se estableció el pacto de resistencia contra los trabajadores.

De su paso por el «Gobierno» del país quedó una estela de escándalos y negocios tan sucios, de tanto impudor, que, al ser conocidos en toda su desnudez, no bastaron a taparlos los inauditos esfuerzos de un antiguo servidor de la monarquía a quien donosamente bautizó el pueblo con el remoquete de «el Botas».

Unidos los partidos obreros a los elementos sanos de la pequeña burguesía, derrotaron democráticamente en unas elecciones históricas a la canalla dorada y a las huestes inquisitoriales del país, y esto ya, sacando

de quicio a los representantes del capitalismo español, les movió a hacer un pacto, no solamente con la casta militar, sino que, «patriotas de la Banca», buscaron ayuda en el extranjero, y, como era de esperar, y dados sus antecedentes, lo hicieron en los países de régimen fascista, en donde los pueblos no cuentan, por el régimen de terror a que se hayan sometidos.

Y estalló la guerra. No la guerra declarada entre países, sino hecha a través de ayudas prestadas a cambio de jirones del solar nacional y a pesar de la Sociedad de Naciones. ¡Qué gran responsabilidad histórica está contrayendo la diplomacia europea! ¡Qué cierto es que la diplomacia dispone de medios brillantes para enturbiar las cosas más claras! Merced a la sabiduría de los más serios varones que dirigen el mundo, la guerra civil española, que el pueblo hubiera terminado de un soplo, se ha convertido en el más grande huracán.

Yo, que soy un escéptico en cuanto a la utilidad de la Sociedad de Naciones, soy un gran optimista, y tengo la confianza más grande en los trabajadores organizados de todo el mundo. Volviendo a vosotros, os digo: ¡Proletarios de todos los países, uníos! Uníos en la ayuda a nosotros. Los trabajadores españoles no tienen miedo a la guerra en que están empeñados. Luchan por la libertad, el progreso, el triunfo de las ideas socialistas que nos son comunes. No queremos haceros la ofensa de creer que os cruzáis de brazos insensatamente, mientras arde la casa del vecino, sin pensar que el fuego se propague a la vuestra; pero, aunque así fuera, nosotros lucharemos con igual coraje, nos entregaremos a la lucha hasta el último aliento, pues sabemos demasiado que un país que no puede disponer libremente de sus destinos es un país esclavo, y para el país esclavo, lo mismo que para el individuo siervo, la vida no vale ni la pena de ser vivida. Haremos frente a todos los acontecimientos para encaminarlos, en la medida de nuestras

fuerzas, hacia la independencia de las naciones, hacia la libertad de los pueblos, hacia la emancipación de los trabajadores.

Yo les diría: Socialistas franceses, ingleses, trabajadores del mundo entero: os lanzo un grito de alerta en plena seguridad, en plena tranquilidad, ante el temor por lo frágil que resulta la paz en la sociedad y con la diplomacia actual. Os llamo al deber en que estáis de uniros con todos los países y ejercer estrecha vigilancia internacional.

Esto les diría yo. Y cuando la guerra termine, cuando en abrazo fraternal podamos reunirlos por medio de sus representantes en este Madrid que, hoy más que nunca, tiene alcanzado el título de heroica y memorable villa del oso y del madroño. En esta ciudad, donde todos los trabajadores, sin distinción de matices, dan su vida con sacrificio incomparable en aras del bien común; y donde los albañiles, artífices magníficos de la guerra y la revolución de hoy, de la reconstrucción y el embellecimiento del mañana; cuando podamos instaurar un régimen de paz, en el que vosotros tendréis un gran papel asignado, entonces podré decirlo con más tranquilidad, porque serán días más venturosos que los actuales.

El mundo, pacificado y armonizado, será más rico en diversidades y en colores que el presente, tumultuoso y brutal.

En la guerra están la monotonía, la uniformidad y el enervamiento. El «arco iris de la paz», con todos sus matices, es más variado que el violento contraste de la nube sombría y el rayo en el desencadenamiento del huracán.

Por lo tanto, camaradas, y a la vista de vuestra labor en la terrible contienda establecida, de vuestra obra en fortificaciones, en los frentes, en la retaguardia; a la vista de la abnegación que ponéis al servicio de la causa, no puedo menos de exclamar, gozoso y con el alma henchida de emoción:

¡Albañiles de Madrid! ¡Por vuestra abnegación, por vuestro altruismo, por vuestra dureza en la pelea, porque seréis los reconstructores de nuestra ciudad! ¡Heroicos albañiles, yo os saludo!

Julio DE MORA

A LOS ASOCIADOS

Camaradas: Una vez más, y ésta, si cabe, con más interés, nos dirigimos a vosotros para que, anteponiendo todo a la guerra, contribuyáis a su rápida terminación. No ignoraréis, lo creemos, que empezamos a vivir el período más dramático de ésta, del que no dudamos saldremos vencedores; pero conviene no olvidar que tenemos enfrente un ejército compuesto por naciones interesadas en enviar de sus cuadros lo mejor, y al cual hay que oponer otro ejército igual, por lo menos, ya que material no nos falta para que sea mejor.

Luchamos por un ideal de independencia y libertad que nos ha de hacer superiores, y esto sólo nos basta para vencer a los que pretenden convertirnos en una colonia alemana o italiana.

Ahora bien; nos interesa demostrar que queremos crear este ejército, para lo cual conviene encuadrarlo en las unidades del Ejército popular. No basta, como hasta la fecha se realiza, la fortificación, cosa importante, sino que en lo sucesivo ésta ha de obedecer a un plan coordinado, a un mando único y útil, y esto ha de realizarse yendo cada unidad militar con una brigada de fortificadores, única forma de que sus conquistas sean duraderas, de que termine el caos, causante de no pocas víctimas entre nuestro glorioso Ejército popular.

Disciplina y mando único tienen que ser la base de la victoria, y esto sólo se consigue encuadrándose, en lo que se refiere a nuestro oficio, en los batallones de fortificaciones. Hemos de terminar con la inactividad, que está reñida con el nuevo mundo que pretendemos crear. ¡Todos al Ejército! Cada cual con el arma que sepa empuñar. Tanto vale un pico como un fusil, si se empuña con entereza.

LA JUNTA DIRECTIVA

APORTACIONES

La noche llega, y al iniciarse ésta, al contrario que en aquellos tiempos de la normalidad que turbara el monstruo fascista, es cuando la actividad en la retaguardia adquiere mayores caracteres.

En los frentes se toman las medidas de prevención contra cualquier contingencia del enemigo que, si nuestro hasta en la lucha, prefiere hacerla favorecido por la oscuridad para proporcionarnos una sorpresa, que nunca se realiza por ejercerse mayor vigilancia a tales horas en nuestras avanzadillas.

Una llamada telefónica, y los grupos de Fortificaciones se disponen a salir en dirección al sector que se les ha designado. Nuestros compañeros empuñan las armas, picos y palas, y acomodados en el transporte van dispuestos, una vez más, a realizar su importante misión, que tanta trascendencia tiene en una guerra moderna como es esta.

Los rostros, curtidos a todos los aires, de mirada resuelta, nos demuestran cuán firme y decidida es la posición de estos camaradas: trabajar, luchar hasta vencer; no hay otro deseo; y así lo quiere el pueblo laborioso, que en estos instantes se siente herido en lo más honroso: que es el trabajo y la libertad.

Alguna palabra que otra; pero el silencio se impone. Se ha llegado a las puertas del campo de batalla; ésta es la zona de guerra y nadie debe, de

ningún modo, demostrar al enemigo su presencia allí. Nuestros compañeros descienden y, precedidos de un enlace, son conducidos al lugar donde el mando ha dispuesto que se ejecute el trabajo, que en muchas ocasiones es sumamente arriesgado, toda vez que se realiza delante de las avanzadillas. No hay más remedio; se necesita cobrarle terreno al invasor, y en posiciones que él no sospecha poderle batir con ventaja al día siguiente. Nuestros camaradas no quieren explicaciones; ellos harán eso y más; bien lo han demostrado.

Con el sigilo que este cometido requiere, hunden el pico en la tierra, y ésta, en pocas horas, les ha ido absorbiendo uno por uno hasta que desaparecen sus siluetas con la última pala de tierra extraída.

No es decir que todo se hizo con el vistobueno de las balas enemigas, pues no cesan de oírse sus silbidos estridentes en torno a estos hijos del pueblo. Alguno pagó con su vida esta noble y heroica actuación; pero el que así sucumbe, sabe que él libró de las garras de la muerte, con su modesta herramienta, a muchos camaradas que, protegidos por la trinchera que él hizo, defendían con las armas su hogar y su libertad.

Es la aportación, el pacto sagrado que mutuamente tenemos contraído todos los trabajadores y que nadie debe dejar de cumplir.

JOMOME

Necesidades del presente momento

Pobre es mi pluma para poder explicar con toda claridad mi pensamiento sobre el deber que tenemos los hombres antifascistas en los presentes momentos.

Sería necesaria una inteligencia privilegiada, sólo comparable a la de nuestro inolvidable Iglesias. No obstante, procuraremos suplir este defecto con deseo y buena voluntad.

En mi larga vida sindical, siempre escuché en los actos públicos celebrados, lo mismo políticos que sindicales, que los compañeros que hacían uso de la palabra, incluso yo mismo, propugnaban por la unidad de todos los trabajadores.

¿Por qué? Porque consideraban ser éste el medio más eficaz para conseguir el triunfo de los derechos de los explotados.

¡Cuántas luchas he presenciado en treinta y siete años de militante activo de la Sociedad de Albañiles El Trabajo! ¡Cuántos sinsabores pasados en la defensa de esta querida Sociedad y del Partido Socialista! Pero ¿qué importa esto? Si esta unión hubiera sido una realidad, ¡cuántas ventajas hubiera tenido la clase trabajadora en este instante! ¡Qué poco esfuerzo nos hubiera costado tirar por la borda a todos los generales perjuros y traidores, con su camarilla de frailes jesuíticos, amparadores todos de una aristocracia invertida! ¡Qué sencillo y qué fácil hubiéramos encontrado hoy el triunfo!

Pero dejemos estas lamentaciones, que no conducen nada más que a desahogar nuestro mal humor, y pasemos a lo que en estos momentos es para nosotros más interesante. Lo

que es más interesante en estos momentos es el triunfo de nuestra clase trabajadora sobre la invasión fascista internacional. Tenemos la seguridad absoluta de conseguir esto, aun a costa de unas vidas para nosotros tan queridas y tan necesarias para nuestra causa.

No obstante, todos, sin distinción de clase, demos de lado las diferencias de táctica que puedan dividirnos. Dediquemos todas nuestras energías y actividades a un solo objetivo: Triunfar en esta guerra. Cuanto antes, mejor. No creemos sea éste el momento de dedicarnos a hacer propaganda sindical o política, sólo para aumentar el número de nuestros afiliados. Esto vendrá después, cuando con absoluta libertad cada uno estudie y medite lo más conveniente para el engrandecimiento de nuestra patria.

Ahora no podemos entretenernos en esto. No es éste el momento oportuno. Este es el instante decisivo de un pueblo que quiere ser libre, por tener derecho para ello. ¿Qué nos importa que unos cuantos desalmados, vendidos al fascio extranjero, quieran convertir nuestro pueblo en una colonia más de Italia o de Alemania sin reparar en los medios? Cuando un pueblo quiere ser libre, no hay nada ni nadie que pueda evitarlo; pero no sólo hay que quererlo; hay que poner los medios para realizarlo. Y eso es lo que tenemos todos el deber de hacer.

No es norma de nuestro Partido el aprovechar los momentos presentes para captar afiliados. Hoy es el instante justo de demostrar que estamos dispuestos para sufrir toda clase de privaciones como para hacer el sacrificio de nuestra vida en defensa de una patria atropellada y vendida a la

avaricia de naciones extranjeras, por los que se llaman patriotas y defensores del pueblo.

Todo hombre que piense libremente no puede entretenerse en cosas interiores de partido o de organización. El que en estos momentos no ponga de su parte todas sus fuerzas y todos sus pensamientos en defensa de la República es indigno de pertenecer a un partido obrero, pues con su conducta favorece al enemigo, que busca nuestra desunión para su triunfo.

Hay que considerar traidor a la clase trabajadora a todo aquel que no busque con afán la unión indisoluble de los hombres antifascistas. Sin hacer dejación nadie de su ideal, hay que darse por entero a esta unión para ganar la guerra. Cuanto antes, mejor.

Republicanos, socialistas, comunistas, sindicalistas y anarquistas: Nosotros, con todos los hombres antifascistas, formemos el bloque en que se estrellen las ansias de poderío de las ambiciones fascistas. Nuestra unión es la victoria. Nuestra desunión, la ruina de la libertad.

J. POLO

LABOREMOS POR EL TRIUNFO

—¿De dónde vienes, Teodoro, tan sucio y destartado?

—De cumplir con un deber que para mí es muy sagrado.

¿Qué importa la suciedad al exterior, si has limpiado la conciencia y puedes ir por la calle descuidado, sin que ningún camarada te mire con desagrado?

—¡Tú que vestías tan bien, con el traje tan manchado es cosa que me sorprende!

—¡Hay que ver cómo has cambiado!!

Ya no te pones corbata,

ni te limpias el calzado,

ni te pones la trinchera,

a pesar de estar nublado.

La verdad, no lo comprendo;

me tienes anonadado.

—Te lo explicaré al momento.

¿Es que no te has enterado

de que la vida es muy otra?

¿Acaso te has olvidado

de que hoy el deber es que

labore el proletariado

con el máximo de esfuerzo,

hasta dar por terminado

el conflicto de la guerra?

—Ya me doy por enterado;

mas no guarda relación

el que tú vayas manchado,

porque tú no eras obrero;

fui siempre el encargado.

—Eso, cuando habías clases.

Ahora ya todo ha cambiado.

Y yo, haciendo una trinchera

me encuentro bastante honrado.

Aunque vaya sin corbata

y con el traje manchado,

con los calcetines rotos

y los pies de agua calados,

soy albañil desde niño,

cosa que no he olvidado.

Con barro hasta las orejas,

si el trabajo realizado

sirvió para los que luchan

el hallarse refugiados

en un caso de peligro,

bien haya el verme manchado

y que nos manchemos todos

hasta que hayamos triunfado,

que después ya llevaremos

los zapatos bien lustrados,

traje nuevo, con corbata,

y el azadón y el arado

deshaciendo las trincheras,

y la paz se habrá logrado.

¡Pero mientras esto llega,

hay que mancharse, Ricardo.

—¿Que más se mancha el que cae

en el campo ametrallado!

—Ya no prosigas, Teodoro.

Convencido, y a tu lado.

Hagamos todos trincheras

y el triunfo se habrá logrado.

Vicente ARROYO

Madrid, marzo de 1937.

VAYA MI CHARLA

Camaradas: Breves palabras, pues, de un lado, el tiempo está tasado, y de otro, no son momentos de discursos. Sólo cabe en estos instantes un simple examen de conciencia, para si de ésta resulta alguna flaqueza, alguna omisión, enmendarla en bien de nuestra lucha.

Nada ni nadie podrá reprochar, si se considera llegado el momento de hacer gala de lo que cada organización haya podido aportar al triunfo de la causa que defendemos en estos momentos con las armas en la mano, el proceder de los albañiles. Anónima es su labor, pero eficaz; no hay quien lo dude. Nada más comenzada la rebelión, sumáronse a los que de una manera decidida se opusieron a ella con las armas y con la herramienta. ¡Para qué decirnos que en el preámbulo de esta contienda cumplimos con nuestro deber, si esto es inherente a todo militante de la Unión General de Trabajadores!

¡Cuántas noches, ante la insistencia del alzamiento militar, nos amanejó en plena calle, para regresar al trabajo con la satisfacción del deber cumplido! Pero el rumor tuvo confirmación, y como un solo hombre nuestra organización, azotada por el paro y por una prolongada huelga, cambió su temperamento de una manera radical. Se daba cuenta de que el pacifismo sólo se podía emplear ante hermanos de infortunio; jamás ante quienes no vacilaban en vender su patria a mercenarios con tal de saciar sus apetitos de dominación.

Siete meses de lucha, los primeros en manifiesta inferioridad, nos han enseñado mucho. Nos han hecho aprender a los más torpes que luchamos contra potencias preparadas militarmente de una forma perfecta, contra las que no es suficiente oponerles la fuerza de nuestro entusiasmo. Hay necesidad de que esté acompañado de organización, de disciplina, de armamento, en fin, de todo lo necesario para que un ejército pueda desenvolverse dentro de las más elementales normas guerreras. A esto deben tender todas nuestras actividades, y en esto, como albañiles, debemos, por nuestra propia profesión, contribuir con el mismo entusiasmo de los primeros días de la insurrección.

Aquel que por su edad o defecto físico no pueda formar parte del Ejército regular, tiene su puesto, pues no conviene olvidar que a cada unidad ha de seguir otra de fortificadores que defiendan de una manera decidida sus conquistas. Tanto vale un fusil como un pico empuñado con entusiasmo, cosa siempre demostrada por vosotros.

¡Inactividades, jamás! En los primeros momentos pudieron consentirse; en los presentes, no. Vivimos momentos en que sería suicida tolerarlas. Tenemos hoy todos una misión que cumplir y que, como organización ya veterana en la Unión General de Trabajadores, creada por los que regaron la semilla socialista en nuestro pueblo, cumpliremos.

Y nada más, camaradas. Satisfacción por nuestro deber cumplido y promesa formal de entusiasmo para arrollarles, hasta arrojar de nuestro suelo al fascismo internacional que pretende esclavizarnos.

UN AFILIADO

LA VOZ DE LOS FRENTE

A los que han vuelto

Compañeros albañiles que hoy lucháis en los frentes: ¡Todos unidos por una España libre! ¿Por qué en el glorioso octubre os alejasteis de nuestra Sociedad, cuando siempre estuvierón a nuestro lado todos aquellos camaradas conscientes que sabían que era un paso grave y no vacilaron? Ahora, compañeros, todos los que volvisteis a ella miraos vosotros mismos. Así que ¡unión!, y no vaciléis ni un momento.

¡Siempre adelante por una sociedad grande!

¡Viva la Unión General de Trabajadores!

¡Viva la Sociedad de Albañiles de Madrid!

Manuel MUÑOZ

Frente de Guadalajara.

¡NO PASARAN!

Salud.

Camaradas trabajadores del pueblo español: Firmes, como el primer día, porque el enemigo quiere coger el corazón de España; pero nosotros decimos: ¡No pasarán!

El pueblo es la roja bandera que, derramando su sangre en los campos de batalla, sabe luchar y dice a grito vivo: ¡No pasarán!

Jóvenes y viejos españoles: No perdáis la vigilancia, que aunque vengan Alemania, Italia y Portugal, a Madrid ¡No pasarán!

Animo, camaradas, con la firme convicción de que venceremos al fascismo lo mismo que vencimos en sus pretensiones a Napoleón. Nuestras trincheras son de cal y canto y arena, y aunque el enemigo las derumbe con sus obuses nos quedarán los escombros para ganar la guerra.

Camaradas, hembras y varones: No desmayéis en esta lucha cruel ni lloréis a vuestras víctimas, porque la sangre que derraman lo hacen por bien de la Humanidad y se muere con el puño en alto, diciendo: ¡No pasarán!

La nueva generación encontrará un nuevo mundo de cultura, de paz, justicia y libertad, y en su noble canción dirá al enemigo: ¡No pasarás!

Por tanto, os aconsejo que todo hombre libre y sano en su conciencia tenga disciplina militar, porque de esta manera ¡No pasarán!

Camaradas todos: Si tenéis interés en ganar la guerra, orillad asperezas, obedeced a las organizaciones políticas y sindicales, que son el fiel reflejo del Gobierno legítimo, constituido por el Frente popular. En esta forma lanzaremos el grito firme de ¡No pasarán!

Y por último, os digo que la guerra civil la vencimos en los primeros meses. Ahora es una guerra internacional, donde con más valentía tenemos que luchar contra las hordas fascistas de Alemania, Italia y Portugal; pero nosotros, cada vez más firmes en nuestro ideal, decimos: ¡No pasarán!

Matías HERNÁNDEZ

ESCENAS DEL PARAPETO



La vuelta del arroyo

Todos a sus puestos

Deseando estamos *terminar* con este comercio de sangre humana que se está desarrollando en nuestro suelo con la intervención de la criminal burguesía que se llama "civilizadora".

Pero aquí estamos nosotros para acabar con esos vampiros sedientos, que sólo sacarán de esta dolorosa tragedia, si todos nosotros somos conscientes, el aniquilamiento y la destrucción de su propia existencia.

Ellos, poniendo en juego todas sus actividades, trabajan todos unidos para defenderse, aunque no se puedan ver los unos a los otros. ¿Por qué no los imitamos? ¿Por qué nosotros, que somos todos trabajadores, no nos unimos para ganar la guerra? ¿Por qué todos los brazos jóvenes y fuertes no se encuentran en el frente? Es que se han acostumbrado al tableteo claro de las ametralladoras, morteros y cañones que defienden Madrid.

¿Dónde está el patriotismo de todos ellos desde que se inició la lu-

cha? Nada importa. Contra un pueblo unido, contra un pueblo disciplinado que quiere ser libre, no hay quien pueda, y ese pueblo somos nosotros. Debemos tener disciplina. De un pueblo de engreídos y de necios, cualquiera puede apoderarse.

La guerra está durando mucho, y el pueblo sufre demasiado. Hay que terminar cuanto antes con esta situación. Hay que atacar, y no esperar a que el enemigo ataque después de una previa preparación. ¡Hay que atacar con furia hasta ver al enemigo aniquilado!

Todo el que esté sano debe trabajar, y su trabajo debe ser para ganar la guerra. ¡Jornada intensiva! Hay que hacer morteros y ametralladoras hasta que cada soldado tenga una.

¡Todos a sus puestos! Responsabilidad y disciplina, movilización general y mando único. De esta manera, la guerra puede ser cuestión de unas semanas.

Alfonso COCINAS

Galapagar.

¡ALBAÑILES, UNAS FRASES!

¡Camaradas! Pocas líneas, pues, como sabéis, siempre fui sobrio, tanto en palabras como en escritos.

Vivimos quizá el momento más importante de nuestra guerra no ya civil, sino de independencia, de defensa de nuestro país contra la invasión extranjera.

Si alguna duda merecía esta invasión, el lamentable caso de Málaga la disipa. Ejércitos mercenarios, a sueldo de Hitler y Mussolini, la han invadido, la han saqueado, la han envilecido, asesinando en masa a quienes en cumplimiento de su deber la defendieron hasta el último momento. Quizá este episodio, corriente en toda guerra, nos pueda servir de algo, aunque nada más sea tener siempre desconfianza de los momentos más halagüeños, aparentemente. Contra enemigos luchamos que han de obligarnos a ser precavidos, a superarnos en nuestras actividades, que en el momento presente no pueden ser otras que la guerra, y a ésta hemos de entregarnos.

Nuestra profesión nos obliga a ser unos de los que más pongamos en este empeño. De nada serviría el heroísmo, ya repetidas veces demostra-

do por nuestras fuerzas, si no tienen parapetos y trincheras concienzudamente construidas donde hacer frente al ejército invasor.

Nuestro mayor galardón como albañiles es que éstos puedan ahorrar la mayor cantidad de vidas, y esto estoy seguro lo conseguiréis. Voluntad no os falta, lo habéis demostrado. Necesitáis dirección, coordinación, y ello está ya conseguido con la creación del Ejército regular.

Cada unidad militar, seguida de otra de fortificación, para que aquellas, después del esfuerzo que las conquististas puedan costarles, tengan su compensación con la rápida defensa de éstas.

Una buena trinchera salva muchas vidas, y a ello hemos de dedicar nuestros esfuerzos. La guerra, la guerra: para ella todo el esfuerzo es poco; si ésta no se ganara, cosa imposible, todos, absolutamente todos, pagaríamos las consecuencias de esa derrota. ¡Albañiles! Tenemos un puesto de honor en la lucha final comenzada. Hagámonos acreedores a él poniendo todo lo que somos capaces en defensa de nuestra causa, que es la de los oprimidos. Antonio ALBA

Mi impresión

No puedo mandaros muchas líneas, pues es corto el tiempo que llevamos en el sector donde en la actualidad me encuentro; pero aunque éste es corto, es lo suficiente para haber podido apreciar la baja moral del enemigo y el miedo a los contraataques, pues se da el caso de que cuando más tranquilidad hay en nuestras filas, se lían a tirar con la fusilería, de lo cual nos alegramos, pues cuanto más tiren menos les quedan; y nosotros, claro está, sin inmutarnos, con una tranquilidad pasmosa, atacándoles cuando el mando lo ordena, con disciplina y unión, que es lo que los estamos en el frente recomendamos.

Frutos NAVARRO

Desde el frente, ¡salud!

¡Camaradas! Un fraternal saludo de vuestros compañeros de la Edificación.

¡Camaradas! Después de siete meses de lucha contra la canalla fascista, nosotros, que desde los primeros instantes nos encontramos con los fusiles en la mano, de trinchera en trinchera, nos encontramos todos alegres y constantes. Os invitamos a que nos imitéis.

La lucha en torno a Madrid es dura; pero no hay que desanimar; hay que defenderlo, cueste lo que cueste; hay que tener disciplina; al Gobierno hay que darle toda clase de facilidades; no deben existir protestas ante los mandos.

Advertimos a todos los combatientes que estamos luchando por la libertad, no por el libertinaje; hay que respetar todo lo que nos pueda ser útil, y al que esto no haga se le debe considerar traidor a la causa. Son momentos de unión y de disciplina, y de esta manera ni Hitler ni Mussolini, aunque traigan hombres a millares, no ganarán la batalla. Al pueblo español le ha llegado la hora de defenderse y se defenderá contra todos los invasores que pretendan imponer en nuestro suelo el yugo de la Inquisición; fracasan en nuestro suelo y fracasarán ante el mundo entero. ¡Qué se puede esperar de unos generales traidores a su patria! Y que estos hombres quieran dirigir a un pueblo, cuando tiene que ser a ellos a quienes se les dirija...

Nosotros contamos con hombres buenos e inteligentes, a los que hay que tener el especial cuidado de no desplazarles, siempre que nos sean útiles, pues estos hombres no podrán llevarnos nunca al precipicio.

Los generales traidores querían hacer de nuestro suelo colonias, vendiendo nuestro suelo al mejor postor; pero para eso estamos nosotros, la juventud, para hacer de nuestra España una España grande y hermosa, fijándonos en nuestros queridos hermanos los rusos.

Un saludo de todos nuestros compañeros del Batallón de la Edificación para todos los demás compañeros que se encuentran en los demás sectores.

Vicente PINEIRO

todos sus aspectos, una sociedad nueva.

En la parte concreta que a los obreros de la edificación nos afecta, urge que nos vayamos preocupando de irnos planteando los problemas antes que éstos nos sorprendan. Socialización, colectivización o sindicalización son deseos que ya empiezan a discutirse en varias industrias, incluso en la nuestra. Resolverlos con conocimiento de causa para evitar el fracaso en su implantación no es grado de años. Municipalización de la vivienda será otro problema que nos afecte por nuestro oficio; quizás sea necesaria nuestra cooperación sindical para darle el marco adecuado y que deberemos estudiar.

Y si esto es así, ¿qué plantel de hombres capacitados nos hará falta? ¿Los tenemos? No lo sé; pero cuantos tengamos nos serán pocos para los que hemos de precisar; pensemos en que hemos de sustituir en la dirección de los destinos del país a todo lo que representaba un régimen capitalista y de opresión, y que de nada nos habría valido la sangre vertida para conquistar una sociedad nueva, si esta conquista se viniera abajo, se derrumbara por falta de hombres capacitados para sostenerla.

Así que, en sentido optimista, que otro no debemos tener, y a pesar del golpe de Málaga, cuyas circunstancias de bandolerismo italoteutón han contribuido a su caída, seguimos sosteniendo nuestra profunda convicción de que el fascio ¡no pasará!, que ganaremos la guerra; y si damos por descontado este triunfo, encamine-mos nuestros pasos a ponernos en las condiciones precisas para consolidar una conquista que, a excepción de nuestros hermanos de Rusia, no logró nación alguna.

Antonio GANCEDO

Nuevas estrellas

La revolución fascista y la felonía de los generales traidores a su patria dieron lugar a un levantamiento, en defensa propia, del pueblo trabajador.

Las sindicales de diferentes matices organizaron sus batallones, y unos y otros dieron su sangre sin regateos para aniquilar al monstruo que pretendía y pretende, con sus garras de pulpo, ahogar en sangre a todo un pueblo.

Varios son los episodios que durante el período de revolución se sucedieron. Uno de ellos es el hecho de que todos, salvo excepciones, repudiaron y odiaron las estrellas. Pero hoy, las nuevas estrellas que iluminan los diferentes batallones de milicias sindicales van cambiando de una manera que nada nos favorece, y menos a aquellos que no sentimos un egoísmo material, sino solamente el moral: ganar la guerra. De ahí que el verdadero héroe anónimo sea el menos ambicioso, puesto que muere y da su sangre en la obscuridad, sin popularidad, sin nombre, simplemente como uno más en la lucha contra el enemigo común.

Pero la ambición maldita de los hombres imperfectos que esta sociedad engendró nos hace pensar en aquellos seres que al amparo de sus respectivas organizaciones llegaron a representar más o menos cargos que no les pertenecen, puesto que otros, quizá con más derecho, pudieran

también lucir, conformándose en ser uno más en la lucha.

No se puede negar que todos los hombres no tenemos las mismas condiciones para mandar y dirigir; pero de eso a que, cuando han llegado a la cumbre, se crean superiores a los que con él lucharon y luchan, es un error manifiesto que a la larga puede tener malas consecuencias. Muchos son los que sueñan con ganar la guerra para ver la forma de crear una nueva burocracia aneja al ya fenecido ejército español.

Muchos son los casos que pudiera aducir sobre esto; pero no creo que sea el momento.

No debemos, por ningún motivo, crear discrepancias entre los que luchamos contra el fascismo internacional, y menos aquellos que tenemos una vida sindical clara y constante; pero también hay que procurar que aquellos nuevos mandos, aquellas nuevas estrellas que se forjaron en el cielo rojo de la revolución den el ejemplo y enseñanzas que todo buen soldado del pueblo necesita para formar y vigorizar el nuevo ejército rojo español.

El soldado ha de ser tratado con el máximo cariño por aquellos que le dirigen y orientan. Procurar ser el hermano del que lucha por una sociedad más justa y equitativa. Opinar y discutir siempre con el mayor respeto entre ambos, olvidando de momento la graduación que les separa en lo activo, instruyendo e infiltrando en aquellos cerebros pobres de espíritu el porqué de la lucha contra el fascismo. Llevar una vida lo más igual que las circunstancias lo permitan con sus hermanos de clase, y, en fin, ganar la confianza y el cariño de aquellos que los dirigen. Y entonces habremos dado un gran paso hacia la disciplina que el Ejército del pueblo necesita, orillando todo lo que del ya caduco ejército pudiera tener de burocrático. Y el empuje en la lucha será más firme, más compacto, y el fascismo habrá encontrado una roca más donde se estrellarán sus viles y monstruosos crímenes. Pero si nos dejamos embriagar por la soberbia y el orgullo de lo que representamos, creyendonos superiores a nuestros hermanos de lucha, no adelantaremos absolutamente nada.

No hay que erguirse en lo superfluo, porque puede venir un nublado con rayos, truenos y centellas, y todo ese firmamento de estrellas y luceros verse cubiertas por densas complicaciones atmosféricas, y al oscurecerse y perder la luz artificial que antes les daba poder ficticio, pueden caer para siempre en el abismo del olvido y la indiferencia.

Domingo VELASCO

¡FIRMES!

Observando con serenidad la situación internacional, se ve claramente que hasta ahora, ¡triste y desgarradora ironía!, no han empezado a darse cuenta las democracias europeas, singularmente Inglaterra y Francia, del crimen que con nosotros están cometiendo hace ya mucho tiempo las potencias fascistas que, cual fieras hambrientas de sangre, están destruyendo y segando las vidas de lo mejor del pueblo español, sincero y leal, por el solo delito de querer usar del derecho

Cómo se trabaja en la retaguardia

Disciplina y orden republicano

Mucho se habla y se escribe de los que trabajan en la retaguardia; pero si nos paramos un poco a observar, vemos que siempre se advierte algún detalle: que lo que ayer nos pareció bien, hoy, a través de los hechos diarios, advertimos algún defecto, y es así, sobre la marcha, como podemos corregirlos, siendo el más elemental deber del antifascista exponer iniciativas que contribuyan a mejorar nuestra situación, y es a esto a lo que nos vamos a referir en este artículo para el buen orden republicano.

Es a este fin al que debemos rendir todo nuestro esfuerzo, sin pensar por el momento en ningún ensayo que entorpezca esta unión, que nadie, en nombre de ningún principio, está autorizado a quebrantar. Venga de donde viniere, señalarle como enemigo de los trabajadores y como el mejor amigo de la facción. Tenemos la mala experiencia de lo ocurrido en Málaga. Si allí se ha hecho algún ensayo fuera del control del Gobierno del Frente popular, hoy vemos con la triste realidad lo que habrá de ocurrir en ese pueblo infortunado bajo el imperio del despotismo fascista, donde los piquetes de ejecución «trabajan» sin descanso.

Y si esto es así, nosotros, luchadores incansables de siempre, tenemos una consigna: «Ganar la guerra.» En nuestro puesto de combate forjaremos un mundo nuevo sobre las ruinas de la sociedad podrida que defienden los del otro frente. Hoy, con las herramientas que ayer servían para construir los más suntuosos palacios, donde los eternos privilegiados derrochaban de manera insultante el fruto de nuestro trabajo, estamos cavando su tumba a las puertas de Madrid, y a

esta tarea, a la que contribuimos con conciencia de nuestro deber, debemos poner todo nuestro empeño en imponer la máxima disciplina, a fin de rendir un esfuerzo de superación, puesto que de ese trabajo depende la vida de muchos hermanos nuestros, que con el fusil, al igual que nosotros con la paleta, unos, y la piqueta, otros, defendemos la libertad del mundo, no sólo nuestra patria, sino la Europa progresiva y democrática.

Nuestro Gobierno, que así podemos decir, tiene toda la autoridad, y, por consiguiente, es el único que puede marcar la pauta. Nosotros, trabajadores conscientes, no tenemos que atender otras órdenes que aquellas que emanen de nuestra organización, y, como muy justamente lo ha señalado en su último manifiesto, está en un todo sujeta a las consignas del mismo. Así que toda clase de ensayos inoportunos, por el momento, de «socialización» y de otros cuantos interesantes puntos que habrán de ser puestos en vigor en su día, perjudican hoy a la causa que defendemos.

¡Unámonos todos! Unámonos todos en pos del mismo punto de coincidencia, que es ganar la batalla al fascismo, luchando contra ese ejército «nacional» de mercenarios extranjeros, bien pertrechado y disciplinado, al que hay que hacer frente con otro ejército que le supere, y entonces, después de ganarle la partida y haber barrido de nuestro suelo la peste invasora, entonces, unidos todos, presentaremos, todo cuanto podamos, nuestra manera de ver las cosas, y será el momento de que la clase trabajadora, con un criterio único, diga la última palabra.

M. R.

de gobernarse libremente y ser el dueño legítimo de sus destinos.

La farsa de la no injerencia se decide, por fin, a tomar el acuerdo de controlar las costas de España, incluyendo entre las potencias que han de ejercer dicho control al gran país social y humano de la Rusia soviética. Pero ¿cuándo?

Cuando la hiena fascista ha clavado su garra de nuevo, en un zarpazo criminal, en millares de víctimas caídas al empuje brutal de las tropas alemanas e italianas que, amparadas en la sordera y ceguera del calmoso Comité de no intervención, han sido enviadas a nuestra patria para que en ella y con la sangre de sus hijos y los pedazos de su suelo empiecen a hacer efectiva la factura que por metralla, aviones, aviadores y demás material de desolación y muerte han contraído con esas potencias unos seres sin honor, sin hombría y sin patria, para los que la Historia no podrá encontrar jamás palabras con las que denominarlos a ellos ni a su acción.

Ha sido preciso que, cual salteadores de caminos, se hayan apoderado en franca y descarada invasión extranjera, ante la faz de los marinos ingleses, de nuestra bella Málaga, para que su sensibilidad se haya percatado, en principio, no sólo de la tragedia que vivimos, sino de que la continuación de ella sería la que esas potencias democráticas europeas habían de vivir de modo inexorable si la bestia fascis-

ta pudiera consumir totalmente su crimen en nuestra patria.

¿Quiere esto decir que mañana mismo va a tener efectividad real dicho acuerdo? No, camaradas; aún pasarán días y semanas para que lo veamos. ¡Allá en Londres, entre el fragor de aquella ciudad, no se perciben los ayes de los niños y las mujeres españolas que caen destrozados por la metralla de los negros aviones, tan negros como el corazón y las entrañas de los que los pilotan y los mandan!

Pero, ¡oh paradoja!, allí hay una caritativa Sociedad protectora de animales. ¿Qué hacer?

Concentrar dentro de todos y cada uno de los españoles de verdad todo el cúmulo de decisión y de coraje de que es capaz una raza indomable, a la que no hay fuerza humana posible de esclavizar y humillar, y en un gesto de dignidad insuperable erguirnos cual gigante ante el enemigo invasor y en avalancha arrolladora caer sobre él y aniquilarlo, en gesta epopéyica de un pueblo que quiere, sabe y puede ser libre.

Sólo falta para ello que todos, sin distintos de matices y sexos, dándose cuenta del momento histórico en que vivimos, se sitúen firmes y en sus puestos, decididos a obedecer la voz del mando único, representado en el Gobierno legítimo de la República española de trabajadores.

Manuel ARICHA